

BIBLIOGRAFÍA

una vida adecuada, sin que suponga una doctrina de la perfectibilidad humana o una visión única o compartida de los fines de la vida. Como lo ha expresado muy bien Alasdair MacIntyre, conjuga la privatización del bien con una ética de las normas que rigen la sociedad. Pero la duda que persiste es si esta escisión entre bien y normas no llevará a una arbitrariedad en éstas últimas, y a un sometimiento de los indefensos por los más poderosos. Primatizado el bien, su imposición generalizada es autoritaria, pero como siempre las acciones tienen un contenido, serán guiadas necesariamente por “valores” que serán extraños al bien y constituidos a través de un mero decisionismo humano.

Ricardo R. Crespo

Grondin, Jean: *Sources of Hermeneutics*, State University of New York Press, Albany, 1995, 193 págs.

Es difícil que una monografía sobre la hermenéutica centrada en Gadamer pueda decir algo nuevo. Y, sin embargo, Grondin lo hace. Según su propia confesión Grondin va a intentar deshacer el vínculo que se ha creado en la tradición hermenéutica y el relativismo escéptico del siglo XX. El método: profundizar en las fuentes de la hermenéutica tal como nació en la Antigüedad y, sobre todo, los problemas que hicieron de esta disciplina la nueva *koiné* de la filosofía del siglo XX: tras el fracaso de la metafísica alguien tenía que hacerse cargo de la defensa de la filosofía.

El concepto de “cosa en sí” kantiano y el giro copernicano fue el anuncio oficial de la bancarrota de la metafísica como ciencia. Jacobi y Schleiermacher denunciaron la injusticia del proceder de la filosofía trascendental que había dejado fuera del mapa del conocimiento al sentimiento. Un sintético recorrido por los últimos dos siglos de filosofía concluyen con la culminación de este proceso: Heidegger. Según Grondin el más grande pensador alemán del siglo XX representa el final de todo intento metafísico del pensar y la aparición de la hermenéutica de la facticidad como disciplina reina. Cualquier metafísica debería ser vista, según Heidegger, como una ilusión auto-decepcionante del Da-sein. Sin embargo, un discípulo suyo aparece imprevisiblemente en escena. Gadamer da un vuelco al planteamiento heideggeriano: la metafísica tiene un valor incalculable si tenemos en cuenta que reconstruye el modo en que

BIBLIOGRAFÍA

el saber ha sido articulado en cada época, y, en última instancia, la auto-concepción del hombre. Según Grondin, una nueva posibilidad de pensamiento metafísico surge en la hermenéutica filosófica de Gadamer: la reflexión sobre el lenguaje tiene, para el profesor emérito de Heidelberg, un valor ontológico y su alcance es universal.

Grondin muestra gran intuición a la hora de relacionar las fuentes antiguas de la hermenéutica con la hermenéutica moderna, aunque el impacto producido por la reforma luterana nada tenga que ver con la hermenéutica de San Agustín o los padres de la Iglesia. Resulta curioso observar que Grondin da mucha más importancia en la historia de la hermenéutica a los diálogos platónicos que al *De Interpretatione* de Aristóteles. Más agudeza intelectual demuestra el autor en defender la silenciosa y positiva contribución de Husserl a la hermenéutica de fin de siglo.

Capítulo aparte merece el itinerario intelectual de Heidegger. ¿Por qué no parece haber en sus escritos ninguna orientación ética? Es verdad que, para Heidegger, San Agustín y Kierkegaard contribuyeron a acrecentar la sospecha sobre la autosuficiencia de Hegel: la filosofía en realidad se desarrolla patológicamente en un exclusivo medio teórico. Parece que esta sospecha hecha certeza indujo a Heidegger a abandonar el proyecto de *Ser y Tiempo* tras el tratado sobre la metafísica de Kant. Es entonces cuando el fracaso de la filosofía trascendental da para Heidegger un evidente tono ético en sus escritos posteriores.

Además de enumerar con una erudición excelente las fuentes de *Verdad y Método*, Grondin subraya el parentesco entre San Agustín y Gadamer. El obispo de Hipona le reveló a Gadamer una nueva imagen del lenguaje. Según Grondin la *ur-fenómeno hermenéutica*—la universalidad de la palabra— debe entenderse como la reivindicación de la lógica de la pregunta y respuesta. Esta es la esencia de la hermenéutica, que ninguna frase con sentido puede entenderse de manera aislada.

Especialmente original se muestra Grondin al mostrar la diferencia fundamental entre el anti-humanismo de Heidegger y la vocación humanista de la hermenéutica de Gadamer. Más que el último eslabón de la metafísica, el humanismo debe entenderse como la transmisión de un mensaje plural del cual formamos parte ontológicamente. Las ciencias sociales deberían acusar recibo necesariamente de esta prescripción gadameriana: somos el producto de un proceso formativo y la técnica no puede ocupar el lugar que Heidegger ha diseñado. La concepción hermenéutica de la filosofía hace rectificar el metodologismo que ha

BIBLIOGRAFÍA

infectado a las ciencias humanas. “De los griegos, dice Gadamer, podemos aprender que el pensamiento en la filosofía no debe adoptar la forma de un sistema que deba estar fundamentado al final en un último principio. Por el contrario, siempre está guiado bajo el pensamiento basado en la experiencia del mundo originario a través del poder conceptual e intuitivo del lenguaje”. Las ciencias humanas son dibujadas según esta interpretación como las verdaderas emisarias o abogadas del humanismo: los límites hermenéuticos de la racionalidad son los límites del trabajo de campo de éstas. La hermenéutica de Gadamer recoge, según Grondin, una idea fundacional que había quedado enterrada en la irracionalidad o el silencio: que el lenguaje sea solo verdadero gracias a lo no dicho no oculta el significado en un fácil mentalismo o un misticismo sino en el comercio del lenguaje y la traducción. El carácter especulativo o representacional del lenguaje no puede considerarse de manera separada de su transformación inevitable: el lenguaje puede ser verdadero porque puede adquirir vida histórica, porque no hay una última palabra.

Pau Arnau

Hughes, Gerard J.: *The Nature of God*, Routledge, London, 1995, X + 219 págs.

El profesor Hughes, jesuita que trabaja en el departamento de filosofía del *Heythrop College* (Londres), se ocupa en este volumen de un tema central para la teología filosófica: el estudio de la naturaleza divina. El autor aborda esta compleja cuestión centrándose en el tratamiento de cinco atributos divinos: existencia, simplicidad, omnisciencia, omnipotencia y bondad. En su exposición tiene en cuenta lo que sobre cada uno de estos atributos ha dicho tanto la tradición clásica (especialmente Tomás de Aquino, Ockham y Molina) como la filosofía moderna (Descartes, Hume y Kant) y la más reciente tradición analítica (Swinburne, Kenny, Plantinga).

Hughes es consciente de la controvertida opción que supone iniciar la discusión presentado la «existencia» como un atributo divino. Sin embargo, el autor piensa que si la existencia no es un atributo, no podríamos decir que Dios es un ser necesario. Hughes se apoya en Tomás de Aquino quien, en su interpretación, sostendría que la existencia es la